

Del 28 de enero al 15 de marzo de 2026 donde podrán contemplar obra de todas sus etapas incluida la de Miami.

Exposición antológica de Ramón Lapayese (1928-1994) en la Sala Antonio López de Alcalá de Henares

La etapa de Miami en la trayectoria de Ramón Lapayese constituye un período de particular condensación poética y de reformulación de sus creaciones. Tras una carrera desarrollada en Europa, su instalación en Miami (Florida) supuso un desplazamiento geográfico que no implicó una ruptura estilística radical, sino más bien una intensificación de ciertos núcleos conceptuales que habían atravesado su obra desde la década de 1960. En este contexto, la pintura de Lapayese se afirma como un espacio de reflexión sobre la memoria, la identidad y la experiencia de un artista singular, que desde el silencio y el trabajo en su estudio genera una figuración expresiva en ocasiones, ambigua en otras y de fuerte carga simbólica.

Durante su etapa miamense, Lapayese profundizó una iconografía marcada por la presencia de figuras solitarias, arquitecturas especiales y series diferentes en las que aparecen temáticas que poseen una intencionalidad narrativa, en otras descriptiva para profundizar en aspectos que le interesan y también con una cierta alusión onírica. Destaca la luz como elemento central de su obra debido a su presencia en el entorno del sur de Florida, adquiriendo en su producción un carácter conceptual más que descriptivo, funcionando como un dispositivo de tensión entre revelación y ocultamiento. El color, frecuentemente contenido y matizado, refuerza una atmósfera introspectiva que se distancia tanto del expresionismo gestual como de las corrientes más dominantes del arte estadounidense del período.

Desde una perspectiva historiográfica, la etapa de Miami puede leerse como un momento de síntesis en la producción de Lapayese: una pintura consciente de su tradición -que dialoga con la metafísica, el simbolismo y ciertas vertientes del surrealismo- pero situada en un presente marcado por la experiencia de su situación en Miami y la circulación transnacional del arte latinoamericano. En este sentido, sus obras de estos años no solo consolidan un lenguaje personal, sino que también interrogan las condiciones culturales y afectivas del artista, inscribiendo la subjetividad del artista madrileño en un territorio que es simultáneamente real y mental.

Ramón Lapayese fue un hombre que caminó siempre al compás de su propia convicción, sin dejarse arrastrar por los vientos de la moda ni por las expectativas ajenas. Desde su infancia, marcada por la herencia artística de su familia, hasta los últimos años de su vida en Miami, cada decisión, cada trazo y cada forma que eligió en su obra reflejaron un compromiso con su esencia. No se trataba únicamente de crear arte: se trataba de vivir con autenticidad, de sostener la mirada propia frente a la multitud y, al mismo tiempo, de interrogar al mundo a través de la pintura, la obra gráfica, los grandes murales, la escultura o la cerámica, entre otras disciplinas.

Por consiguiente, ser fiel a sí mismo, para Lapayese, significaba abrazar tanto la disciplina como la libertad. Su trabajo constante, su indagación formal y su aprendizaje incesante no eran meros hábitos profesionales, sino expresiones de una voluntad interior que transformaba la materia y la experiencia en verdad estética. Cada obra se percibe como un testimonio de su integridad: ni la influencia de los grandes centros artísticos europeos, ni las tendencias contemporáneas pudieron desviarlo de su camino. Incluso al explorar diferentes técnicas y estilos, su voz permaneció inconfundible, reconocible en la coherencia de la acción y la fuerza de la mirada.

Esta fidelidad a sí mismo no era un acto de rebeldía superficial, sino un principio vital. La singularidad de su obra surge de su capacidad para unir la reflexión profunda con la pasión creadora, para convertir la disciplina en libertad y la investigación en poesía visual. En cada lienzo, en cada mural, en cada escultura, se percibe un diálogo íntimo con la vida, un testimonio de que el arte no es únicamente lo que se hace, sino cómo se vive: con constancia, con voluntad y con honestidad consigo mismo.

Ramón Lapayese, entonces, no solo dejó un legado artístico; dejó un ejemplo de coherencia vital, de fuerza interior y de fidelidad al propio ser, recordándonos que la verdadera autenticidad no se improvisa, sino que se construye con cada acción, cada decisión y cada obra que uno se atreve a firmar con la propia esencia.

La exposición antológica dedicada a Ramón Lapayese (1928–1994) se presenta como un ejercicio de restitución crítica y, al mismo tiempo, como una lectura en profundidad de una trayectoria artística marcada por la coherencia, la experimentación y una constante tensión entre materia y pensamiento. Lejos de plantearse como un simple recorrido cronológico, la muestra propone una aproximación transversal a su producción, poniendo de relieve los núcleos conceptuales y formales que articularon su obra en pintura y escultura.

En el ámbito de la pintura, Lapayese desarrolló un lenguaje personal en el que la superficie pictórica se convierte en espacio de reflexión. Sus lienzos revelan una atención minuciosa a la estructura interna de la imagen, donde el color, la textura y el gesto no funcionan como elementos aislados, sino como componentes de un sistema visual complejo. La pintura, en su caso, no aspira a la mera representación, sino que se afirma como campo de indagación sensible e intelectual, capaz de condensar tiempo, memoria y experiencia. Experimenta de forma constante, innova, indaga desde qué posición su obra ganará más recorrido, formulando distintas propuestas para que el efecto visual de la misma se multiplique y gane en consideración y contundencia sin dejar de ser natural y elegante a la vez.

La escultura ocupa un lugar igualmente central en esta antológica, mostrando la manera en que el artista trasladó sus preocupaciones plásticas al ámbito tridimensional. En estas obras, la materia adquiere un protagonismo esencial: volúmenes contenidos, ritmos internos y una relación medida con el espacio circundante evidencian una concepción escultórica que

rehúye lo anecdótico para concentrarse en la forma como principio generador de sentido. Lapayese concibe la escultura como un diálogo silencioso entre peso y equilibrio, entre densidad y vacío. Hay una constante que se basa en ser coherente con su rico mundo interior y en su visión sobria de la existencia.

Esta exposición permite comprender a Ramón Lapayese como un creador integral, comprometido con la exploración de los lenguajes artísticos y con una ética del trabajo basada en la exigencia y la profundidad. Su obra, revisitada desde la perspectiva del presente, mantiene intacta su capacidad de interpelación y confirma su lugar como una voz singular dentro del panorama artístico de su tiempo. El espectador podrá contemplar de qué manera el artista contacta con su actitud expresionista y experimental, buscando siempre sorprender, en el sentido de ser coherente con su interior, con su manera de entender la vida, basada en el máximo respeto a los demás.

Dicha muestra se presenta como un ejercicio de restitución crítica y, al mismo tiempo, como una lectura en profundidad de una trayectoria artística marcada por la coherencia, la experimentación y una constante tensión entre materia y pensamiento. Lejos de plantearse como un simple recorrido cronológico, la exposición propone una aproximación transversal a su producción, poniendo de relieve los núcleos conceptuales y formales que articularon su obra en pintura y escultura.

‘Ramón Lapayese: Colección Privada’

Con el título de "Ramón Lapayese: Colección Privada"  se llevará a cabo en la Sala Antonio López, en el Antiguo Hospital de Santa María la Rica en la localidad de Alcalá de Henares del 28 de enero al 15 de marzo de 2026 la exposición antológica del artista multidisciplinar Ramón Lapayese, creador plástico de gran trayectoria de la segunda mitad del siglo XX. Fundamentalmente escultor, pintor y creador de obra gráfica (litografía, serigrafía, grabado, monotipos enriquecidos, pruebas de artista, técnicas mixtas, etc.), pero también autor de esmaltes, cerámica, fotografía, joyería, dibujo y obra monumental de grandes dimensiones repartida entre México, Miami y España.

Artista avanzado en su época, pero, a la vez austero, discreto y muy entregado a su labor de investigación plástica trabaja no solo en diferentes disciplinas sino también bajo distintos conceptos creativos a la vez, buscando fusiones, potenciando una manera de crear distinta y diferenciada de la mayor parte de los creadores de su época, muestra singular de su actitud libre dentro del mercado del arte internacional.

En esta exposición antológica de Ramón Lapayese podemos encontrar a un autor que hoy en día es poco conocido entre las generaciones actuales, pero cuya producción artística, además de ser de gran importancia, se halla repartida en innumerables países: EE.UU., Austria, Suecia, Noruega, Italia, Francia, España, Holanda, Bélgica, Alemania, México,

Brasil, etc. En ella podrán contemplar, a excepción de otras obras que se han expuesto recientemente en el verano del 2025 en España e Italia, después de quince años, 24 pinturas y 12 esculturas procedentes de su colección privada, de ahí el título de la muestra. Se trata de su obra más apreciada que estuvo colgada en su casa y estudio, constituyendo una muestra completa de todas las etapas de su trayectoria.

Esta exposición es de vital importancia tanto para los conocedores de su arte como para el público en general porque las 24 pinturas, de gran formato, se presentan juntas por primera vez, exhibiendo su singularidad como artista, nacido en Madrid, cuya formación y vida se desarrolló en la capital de España, después Barcelona, de nuevo Madrid, más tarde Roma, París, a continuación reside de nuevo en Madrid y finalmente Miami. Importantes son su etapa de París que supone su irrupción en el mercado mundial con exposiciones en Francia, países nórdicos, Austria, Holanda, Alemania, entre otros y su profundización en las técnicas de la obra gráfica de la que es también un verdadero maestro y su última etapa de Madrid antes de partir a Miami, donde alcanzó reconocimiento mundial.

Su afán de conocimiento, su labor de aprendizaje constante, -además de tocar a la perfección la compleja disciplina del violín y adentrarse en la música-, le permitieron dialogar con los conceptos de los artistas de la vanguardia europea de los cincuenta, sesenta y setenta y también norteamericana e hispanoamericana de los setenta y ochenta, destacando por apostar por la innovación sin seguir los postulados de las mismas, sino innovando, dentro de un marcado sello personal.

En escultura, exhibe 12 obras elaboradas en hierro y bronce, piezas únicas, dialogando con sus silencios, su fantástica actitud de contemplación, aunando la expresividad de la materia, la fuerza del ritmo, la voluntad innovadora del vacío, apostando por la contemporaneidad.

En Alcalá de Henares podemos contemplar su primera etapa académica multidisciplinar e internacional, no sólo por sus conocimientos adquiridos en el taller de su padre sino también por su formación en Barcelona, Madrid, Roma y París. Ya en esa primera etapa destaca por su dominio espectacular del trazo, la gran solidez de su dibujo, profundizando en su determinación por ir más allá de la realidad, aproximándose a un expresionismo personal, donde muestra un inusitado interés por profundizar en las cosas de la vida cotidiana, además de plasmar personajes en plena realización de sus labores de manera singular, buscando enfoques desde arriba, o bien escenas elaboradas pero aparentemente naturales.

Después, contemplaremos su transición hacia el expresionismo abstracto, pasando por su etapa cubista primitivista, donde lo importante para el creador madrileño es su capacidad de ir más allá del silencio, de recrearse en el vacío, que es el lleno.

Y, para terminar, destacaría las obras de su último periodo caracterizadas por la luminosidad, de cierto cariz impresionista-expresionista, coincidiendo con su última etapa de Madrid y su estancia posterior de ocho años en Miami como ya he mencionado antes en este artículo. Se trata de una obra que sin dejar de ser expresiva sigue evolucionando, destacando por su lirismo y su apuesta por el color.

El resultado es una exposición que no solo recupera a Lapayese para el gran público, sino que lo sitúa en el lugar que le corresponde dentro de la historia reciente del arte español. Además creo que es muy importante que esta muestra relance su creación y sea el inicio de otras exposiciones antológicas tanto en España como a nivel mundial, porque su obra desde el silencio del estudio muestra su importancia en un contexto como el actual en el que creadores de la talla de Ramón Lapayese tienen mucho que decir por su actitud, caracterizada por la serenidad, yendo más allá de la innovación, asentándose tanto en pintura como también en escultura en una dinámica transformadora y regeneradora del panorama plástico actual.

Joan Lluís Montané

-De la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA)-.